



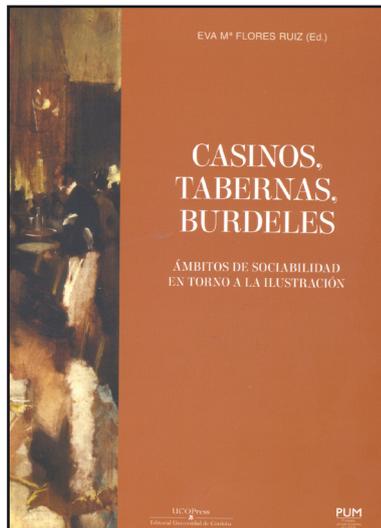
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 24 (2018)

Eva María FLORES RUIZ (ed.) (2017), *Casinos, tabernas, burdeles. Ámbitos de sociabilidad en torno a la Ilustración*, Córdoba, UCOPress, Editorial Universidad de Córdoba y Presses Universitaires du Midi (Serie Discursos, 2; Méridiennes, 16), 332 pp.



Un cierto pudor parece haber retrasado la incorporación de investigadores españoles a cuestiones relacionadas con el ocio y la diversión. Quizás el predominio de una visión marxista de la vida social impuso las «infraestructuras productivas» como prioritarias y determinantes, y, consecuentemente, los restantes espacios y empleos del tiempo quedaron relegados como actividades superfluas, de escasa incidencia, a las que apenas cabía prestar atención histórica. Por fortuna, en Inglaterra, y sobre todo en Francia, desde hace décadas se han abierto caminos para este tipo de trabajos, con valiosas aportaciones que han establecido modelos y criterios para indagar en tales territorios. Por otra parte, la mayoría de las investigaciones realizadas anteriormente en España se han orientado hacia un solo espacio. Y, por tanto, son varios los motivos que coinciden para agradecer la presente publicación. Porque indaga, por una parte, en el singular mundo de la sociabilidad semiprivada (o semipública) y, además, mezcla y contrapone aspectos y espacios distintos, como ya resalta el llamativo título del volumen. Abertura de enfoques y de disciplinas que también han sido características primordiales de estos encuentros cordobeses desde que fueron iniciados por la profesora Eva María Flores Ruiz, como actividad del Departamento de Literatura Española de la Universidad de Córdoba y el resuelto apoyo del Grupo de

Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Cádiz. Desde sus primeros planteamientos se ha pretendido que estas reuniones convocasen a investigadores diversos por la procedencia de sus centros, por las disciplinas que trabajan y por sus intereses y métodos. Y, sobre todo, porque más que un buzón académico en el que depositar textos para su publicación, buscan promover ese tipo de debates internos que constituyen todavía la razón primordial de la actividad universitaria. Este libro debe verse, pues, como el reverso público de unas jornadas académicas en las que se expusieron y discutieron unas propuestas, a veces acompañadas de estimulantes trabajos de campo, y cuyo resultado final aparece recogido en estas páginas.

Debe insistirse, pues, en que parte del valor de los trabajos aquí reunidos tiene como estímulo y precedente el clima de discusión e intercambio que ha presidido los aludidos encuentros, a los que cabe desear, por ello mismo, larga trayectoria. Tal como explica Eva María Flores Ruiz en la introducción, las catorce calas del volumen se desplazan, alimentándose unas a otras, por esos espacios intermedios de convivencia, llenos de «luces y sombras» que no pertenecen ni al cultivo de la estricta intimidad ni tampoco a una vida pública ampliamente compartida. Todas ellas, tal como expone el subtítulo, oscilan en un amplio marco «en torno a la Ilustración», porque es entonces cuando España «se suma a la corriente ideológica política y económica europea que, en el siglo ilustrado, se propone derribar fronteras de clases y saludar a una nueva sociedad, que asienta sus bases en el liberalismo abanderado por la clase media. La cultura urbana que de ahí surge, multiplica y diversifica sus necesidades y espacios de sociabilidad; el ocio se democratiza, y es zarandeado por las múltiples y diversas transformaciones que pretenden alterar sus tradicionales contornos».

Como preámbulo, la primera cala la realiza Mechthild Albert, de la Universidad de Bonn. En «Casas de conversación: un ámbito de sociabilidad en la tratadística áurea», utiliza una serie de documentos jurídicos y tratados morales y religiosos del Siglo de Oro para analizar cómo se establecen y funcionan «las casas de conversación como espacios e instituciones». En estos lugares privados es posible reconocer ya la primera muestra de una necesidad social que empezaba a manifestarse y pretendía cobrar voz propia. Distintos estamentos españoles buscaron espacios privados que escapasen al control de los poderes civiles y religiosos. Pero los miembros de las órdenes religiosas más militantes se percataron del peligro que acarreaban y se dispusieron a descalificarlos. Para ellos, la «ociosidad» (con sus juegos y conversaciones) solo podía aportar daños y pecados. Por tanto, las llamadas y consejos a la vigilancia y supervisión de las autoridades dominan unos textos que responden al más represivo moralismo contrarreformista. El clero emprendió, según estos tratados, una obsesiva denuncia de tales lugares «públicos o escondidos», considerados con más o menos matices, focos de perdición. Una vez más, la Iglesia española se mostró como una adelantada en la persecución de cualquier rendija colectiva por la que pudiera filtrarse algún disfrute o alguna conversación no fiscalizable por el oído clerical.

La siguiente aportación corresponde a Fernando Durán López, de la Universidad de Cádiz, que escribe «De la plaza pública a la opinión pública: los espacios de la sociabilidad en los almanaques astrológicos del siglo XVIII». Tal como ya realizó antes con otras cuestiones, en esta ocasión también pretende situar en un primer plano de interés filológico un material sobre el que se ha volcado poco la investigación: los pronósticos astrológicos que acompañaron a los almanaques dieciochescos. Se muestra así, una vez más que no hay temas menores, si se les enfoca desde un punto de vista inteligente y adecuado, ya que «en lo que toca a Torres de Villarroel, y a unos cuantos de sus imitadores, contienen en las introducciones narrativas que incluye el formato más frecuente, momentos de gran calidad estilística que no desmerecen de otros géneros más habitualmente

visitados por la historia de la literatura». Estos humildes y perecederos folletos anuales, tan desdeñados por los bibliotecarios y desprestigiados por su vinculación con la astrología, sin embargo «gozaron de una recepción múltiple en varios sentidos: distintos tipos de almanaques buscan distintos tipos de público, pero a la vez cada almanaque individual admite planos de recepción superpuestos. El mismo impreso podía ser leído como una aplicación rigurosa de la disciplina astrológica o una burla de la astrología, como un compendio de informaciones útiles o un divertimento literario». Se dio así «un paradójico huir de la astrología transformándola en literatura». Pero la recuperación dignificada de este género y de la escritura «ensayística» de estos almanaqueros encuentra también su sitio y justificación en el asunto central que motivó el encuentro. Y son analizados como medios capaces de segregar «la atmósfera favorable para una esfera pública, que aún tardará mucho en dar paso a una verdadera opinión pública en sentido político, pero que lo contiene en germen». El tránsito desde la plaza pública del Antiguo Régimen hasta los nuevos lugares de sociabilidad (que pasarán a ser representativos de las incipientes sociedades burguesas) tuvo un rico cauce de expresión a través de unos órganos literarios que hasta ahora habían sufrido la mayor marginación.

A continuación figura el trabajo «Espacios de sociabilidad en los *Espectadores* del siglo XVIII. Apuntes en torno al lugar público de la taberna» de Angela Fabris, de la Alpen-Adria-Universität-Klagenfurt. La taberna asume ya, desde estas páginas, un sitio preponderante. Gracias a las cuatro aportaciones más que seguirán, se convertirá en el lugar al que se dirigen un mayor número de miradas observadoras y referencias en el conjunto del libro. Lo cual no deja de ser un dato significativo. En este caso, el punto de partida lo constituyen las «nuevas costumbres editoriales» que introdujo el siglo XVIII. Sobre todo con las figuras de los *Espectadores* que crearían una nueva perspectiva, en la prensa, para enfocar y narrar cómo transcurría la vida de las ciudades. Desde Inglaterra se traspasó a España, como «una plataforma de propaganda del movimiento ilustrado». Una experiencia como la del *Pensador* de Clavijo y Fajardo «transforma la prensa espectral en un fórum de discusión, crítica e innovación social, que se muestra capaz de acoger en su interior una forma primitiva de opinión pública». Aunque su presencia sea discontinua, la taberna ocupa bastantes páginas de este órgano periódico. Es calificada como un «espacio polifuncional» debido a que «comunica de forma autónoma y propia a través de encuentros y desencuentros, y que permite un continuo intercambio de información entre sus frequentadores y entre exterior e interior; favorece, además, la modelización de nuevas conductas sociales, y proporciona formas variadas de uso y consumo».

Jesús Cañas Murillo, de la Universidad de Extremadura, interviene en el volumen con «Teatros y sociabilidad en la Ilustración: la técnica del actor, y el montaje de los textos, según Montiano». Esta vez el acercamiento se lleva a cabo a través de las posibilidades ofrecidas por el espectáculo teatral. Visto como una serie sucesiva de ámbitos en los que la literatura de creación permanece excluida y sirven de guía las indicaciones teóricas publicadas por Montiano, figura relevante de la Ilustración. Escribió dos tratados doctrinales —acompañando la publicación de sus obras dramáticas— para que sirvieran de pauta para el funcionamiento de ese componente interno y velado, a los espectadores, de la técnica teatral: «se trata de un conjunto de normas que pretenden aleccionar sobre la forma correcta de hacer un montaje de una tragedia en los escenarios, y sobre la forma correcta de efectuar su actuación los cómicos en los teatros, y sobre la técnica de interpretación que han de usar si desean obtener un espectáculo de calidad, apto para satisfacer plenamente a los espectadores, y acorde con la época». Esta inmersión en la cara oculta de una representación, supone abandonar por unos momentos el papel primordial del

dramaturgo, para darles entrada a los otros espacios en los que se fragua la teatralidad que facilita la escenificación y logro final de una obra.

El redescubrimiento e irrupción del «pueblo» como materia artística desde mediados del siglo XVIII, permite a Alberto Romero Ferrer, de la Universidad de Cádiz, realizar un recorrido por las obras teatrales que dieron frecuente acogida a los más significativos espacios tratados en este encuentro. El título de su trabajo ya es suficientemente explícito: «La escenografía teatral de la sociabilidad popular: cafés, patios de vecinos, tabernas, ferias y verbenas (del sainete a la zarzuela)». Este teatro menor no solo es el mejor reflejo de los lugares citados, sino que, en gran parte, con sus representaciones ayudaron a constituirlos e imprimirle la especial sustancia que todo lo popular adquirió en España. De esta «pintura escénica», en las tablas, pasaron a la calle y modelaron los singulares comportamientos que dieron su característica a tales espacios de convivencia. Por eso, gracias a la vinculación que, paso a paso, se establece desde el entremés al sainete y del sainete al «género andaluz» y «al furor zarzuelístico del género chico», con la ayuda prestada con los ejemplos extraídos de las numerosas obras citadas, se despliega todo un amplio escaparate sociológico, que puede servir de introducción a los contenidos de estas jornadas.

Marieta Cantos Casenave, de la Universidad de Cádiz, se adentra con audacia en un territorio poco transitado por la investigación académica, quizás porque se ignoraban las posibilidades que encierra. Las páginas que contienen el apartado «Sociabilidad y espectáculos óptico-pintorescos» deparan alguna sorpresa inicial hasta que se comprende su medido encaje con las cuestiones analizadas en el libro. Se capta que tras este «deseo de los empresarios de dar la impresión de novedad» se esconde un medio para conseguir que gracias a «los progresos de la óptica se ilusione el espectador». Si el recurso al grabado, al retrato, a las vistas urbanas, de paisajes y monumentos había ampliado el gusto, la sensibilidad, el conocimiento y los intercambios de opiniones para una mejor convivencia, es comprensible que surja «un nuevo espectador, ávido de disfrutar de las experiencias que le prometen las nuevas propuestas artísticas, resultantes de la aplicación de las novedades técnicas y científicas. Estas nuevas experiencias, pronto generalizadas y aplaudidas, requerirán para su disfrute de unos espacios públicos, que se irán especializando en el curso de los años para adaptarse a unas prácticas modernas que aspiran a producir la ilusión de movimiento y un efecto de realidad cada vez más exigente». Y, en efecto, en aquellos primitivos juegos óptico-mecánicos que favorecieron «un nuevo imaginario y una forma de mirar inédita», estaban ya en ciernes los grandes espectáculos audiovisuales que configurarían los espacios, usos y costumbres de la sociabilidad contemporánea.

Eva María Flores Ruiz, de la Universidad de Córdoba, directora del encuentro, además de las precisas páginas iniciales en las que concentró las intenciones académicas del mismo, publica «Casinos de señores, casinos de señoritos: la Casa del Hombre en la Andalucía de *Pepita Jiménez*» y pone así el acento en uno de los espacios más característico del «espíritu de asociación» que aportó el siglo XIX: el casino, «una novedad surgida a raíz de una disolución de la sociedad estamental» pero que arrastra, de todos modos, un mecanismo de funcionamiento netamente masculino. Pero sin ser por ello «la casa de cualquier hombre: en sus orígenes, los casinos son casinos de señores; el lugar donde la nueva burguesía enriquecida consolida, ostenta y rentabiliza su alianza con la vieja aristocracia». Como fuente primordial para apoyar las indagaciones, se utiliza una amplia gama de referencias procedentes de la novelística decimonónica, cargada de un buen material sociológico para realizar el pertinente diagnóstico. Sobre todo de la figura del señorito, un estereotipo muy presente en la imagen de Andalucía, pero que no por ello había sido sometido a suficientes análisis e interpretaciones. Enfocado a través la obra de Valera, el

señorito andaluz y su pertinente casino —el espacio que mejor permite comprenderlo— cuentan ya con una penetrante y necesaria radiografía.

Tras las indagaciones anteriores, casi siempre localizadas en tierras meridionales, Pascual Riesco Chueca, de la Universidad de Sevilla, sin abandonar el casino como foco de atención, introduce unas referencias más cosmopolitas y un punto de vista en continuo desplazamiento en «Arquitecturas de la liviandad: el vuelo efímero del casino». Y, en efecto, como ya anuncia este título, se produce otro tipo de aproximación, no solo porque predomine la arquitectura como materia de conocimiento, también la intención interpretativa adquiere mayor diversidad y se expone con otras ambiciones narrativas y formales, más colindantes con el ensayo creativo, aunque sin perder por ello rigor. Se abren sus páginas con la reconstrucción tipológica que originó tal clase de edificios: «el casino participa de antecedentes mixtos» y «el tipo formal primigenio es característicamente británico, vinculado a los graves clubes ingleses. A este tronco inicial se añaden elementos mediterráneos: desde Italia, la cultura del café, cultivada en pabellones de jardín palaciego; desde Francia, el juego suntuoso, asociado a la cultura del veraneo». Pero estos elementos germinales acogen también las improntas del «comercio colonial» y la «levadura exótica» de horizontes más remotos y orientalistas. Una vez expuestos los componentes que dan sentido estético a la «liviandad» arquitectónica de los edificios, se asiste a un despliegue geográfico, en el que una literatura bien elegida para tal finalidad sirve de fuente y ayuda en la justificación de los lugares. Se produce así una visión, en continua movilidad y llena de efectos, que se contrapone a la facilitada por la anterior narrativa un tanto sedentaria de Valera. Este cambio en los métodos interpretativos del libro, posibilita que el lector pueda enfrentar —por medio de los casinos— la imagen de una Europa volatinera, en continua ebullición, entregada al ocio y al juego social, con la de una España comedia, provinciana y replegada entre sus viejas convenciones.

El oscuro mundo de la prostitución empezó a necesitar, con los nuevos tiempos, una cierta permeabilidad con los espacios públicos para poder realizar sus funciones. De esta conexión interna trata el trabajo de Isabel Clúa, de la Universidad de Valencia: «Entre bastidores: los espacios liminares de la prostitución en el siglo XIX». Se interesa sobre todo por los vínculos de esta última con «el espectáculo abordando dos vertientes complementarias: en primer lugar, la apertura del espacio prostibulario mediante incorporación del comercio carnal y la seducción a la experiencia del ocio vinculada al espectáculo (bailes, cafés-conciertos, teatro); en segundo lugar, la espectacularización de lo cerrado y secreto, que se manifiesta tanto en la teatralización del vicio en el burdel como en la ostentación de las entretenidas y las cortesanas». Aquellos espacios dedicados a «la exhibición del cuerpo femenino» como un objeto de deseo mercantilizado renovaron los códigos sociales, sobre todo en el último tercio del diecinueve: «la discreción es suplantada por la visibilidad y el escándalo». Los efectos de esta oleada de difuso erotismo desbordó los escenarios teatrales para crear una nueva narrativa «pasional» en la que palcos, bailes, cupletistas, «suripantas» asumieron el papel de codiciadas protagonistas.

En el apartado siguiente, también insiste Blas Sánchez Dueñas, de la Universidad de Córdoba, en considerar que la «novela erótica» creó con sus lecturas un nuevo espacio social de intercambio de sensaciones y convivencia. En «Placeres galantes y escritura femenina en el contexto literario finisecular» se propuso dar cuenta de la amplísima gama de colecciones que circularon por España. Puede que, en muchos casos, se tratara de obras ocasionales, fomentadas por la demanda de una moda, surgida al calor de la atmósfera «psicálptica, pasional, galante, amatoria y erótica» que proliferó por Europa, incluida España. Se orienta el trabajo sobre todo a poner de relieve el papel de las numerosas

autoras que se decantaron por este tipo de escritura, que si no produjo títulos de gran calidad, sí representó un llamativo fenómeno sociológico.

En todos los espacios de sociabilidad comentados suele haber un ingrediente compartido, ya que se da «una actitud hacia el vino y lo tabernario que puede ser ilustrativa de valores y comportamientos sociales a través de su proyección ideológica en modelos culturales y literarios». Pedro Ruiz Pérez, de la Universidad de Córdoba, en «Baco entre versos barrocos» (y los que, cronológicamente, «avanzan en el siglo de la Ilustración») recoge aquel movimiento de la poesía que se hace eco del «hecho individual de la bebida, obviamente del licor de Baco». El vino propicia, pues, una «cultura de la conversación» que aglutina y crea un clima propicio en reuniones, salones, saraos y tabernas, pero en cada uno de esos ambientes, más o menos noble, surge un tipo distinto de poeta, que recurre a un registro de tono jocoso, popular, ditirámico o académico y con diferente intención, aunque casi siempre laudatoria. Este recorrido poético —con el vino como fetiche y talismán— paralelo al de los lugares estudiados, complementa y ayuda a comprender la influencia de estos en la vida cotidiana de los españoles. Sin el licor de Baco, los espacios semipúblicos resaltados hubieran atraído menos y despertado aún menos entusiasmo afectivo.

De nuevo la taberna y el vino cobran presencia, por mediación de la novela que cierra el ciclo picaresco en la literatura española. Un género en el que las incursiones tabernarias de sus personajes fueron frecuentes, como muestra Ángel Estévez Molinero, de la Universidad de Córdoba, con su aportación «Entre tabernas y palacios: ámbitos del desarraigo social y existencial en el *Estebanillo*». De las peripecias de este protagonista se destacan sobre todo las que revelan su «irrenunciable afición a la bebida», la única constante de un carácter y voluntad sumamente cambiante a lo largo de su aventurera trayectoria. Para satisfacer y hacer ostentación de ese deseo, Estebanillo no dudará en peregrinar «desde las cantinas más inmundas a los más suntuosos palacios» y cada una de esas estancias da pie a un vivo retrato costumbrista.

Hay trabajos que, a pesar de su brevedad, encierran tanta información, perfectamente dispuesta y organizada, que se convierten en enciclopédicas obras de consulta. Por eso mismo no quedan cerrados y se abren a múltiples continuaciones de las que ya se aportan los primeros datos. A esta labor responde Enrique Rubio Cremades, de la Universidad de Alicante, con «Esbozos literarios de casinos, cafés y tabernas en la novela realista-naturalista», una aportación que se atiene con precisión a las cuestiones previstas en el encuentro cordobés, al enfocar los tres más significativos espacios de la sociabilidad decimonónica, con un material tan rico en matices como en datos: el extraído de las grandes novelas del realismo y del naturalismo. Los protagonistas de dichas obras se convierten en guías para conocer y establecer modelos y diferencias. La novelística, una vez más, es el gran tesoro para abrirse paso en la vida privada y no tan privada de los españoles de entonces.

Finaliza el libro situando la taberna como el espacio privilegiado que mejor permite analizar el moderno sentido de convivencia liberal y burguesa y, a la vez, dar cuenta de algunos de los rasgos más singulares de la idiosincrasia popular andaluza. En pocas páginas, Alberto Ramos Santana, de la Universidad de Cádiz, en «La taberna como territorio de sociabilidad en la Andalucía contemporánea» ha sintetizado toda una monografía en la que aparecen expuestos los componentes imprescindibles de un espacio tan cargado de connotaciones históricas y sociales. Y tras las interpretaciones expuestas, queda justificada su deducción: «las tabernas son lugares mágicos donde se veneran nuestras tradiciones y se custodian permanencias de nuestra peculiar cultura, las tabernas son reductos de una forma de entender la vida, no necesariamente mejor, pero casi imprescindible en el mundo actual».

Estas palabras finales podrían también ser aplicadas al conjunto del volumen. Estas catorce calas en el estudio de la sociabilidad, abren horizontes a los investigadores y al mismo tiempo piden que se custodien aquellas tradiciones que permiten entender mejor los alicientes de nuestras vidas.

Alberto GONZÁLEZ TROYANO